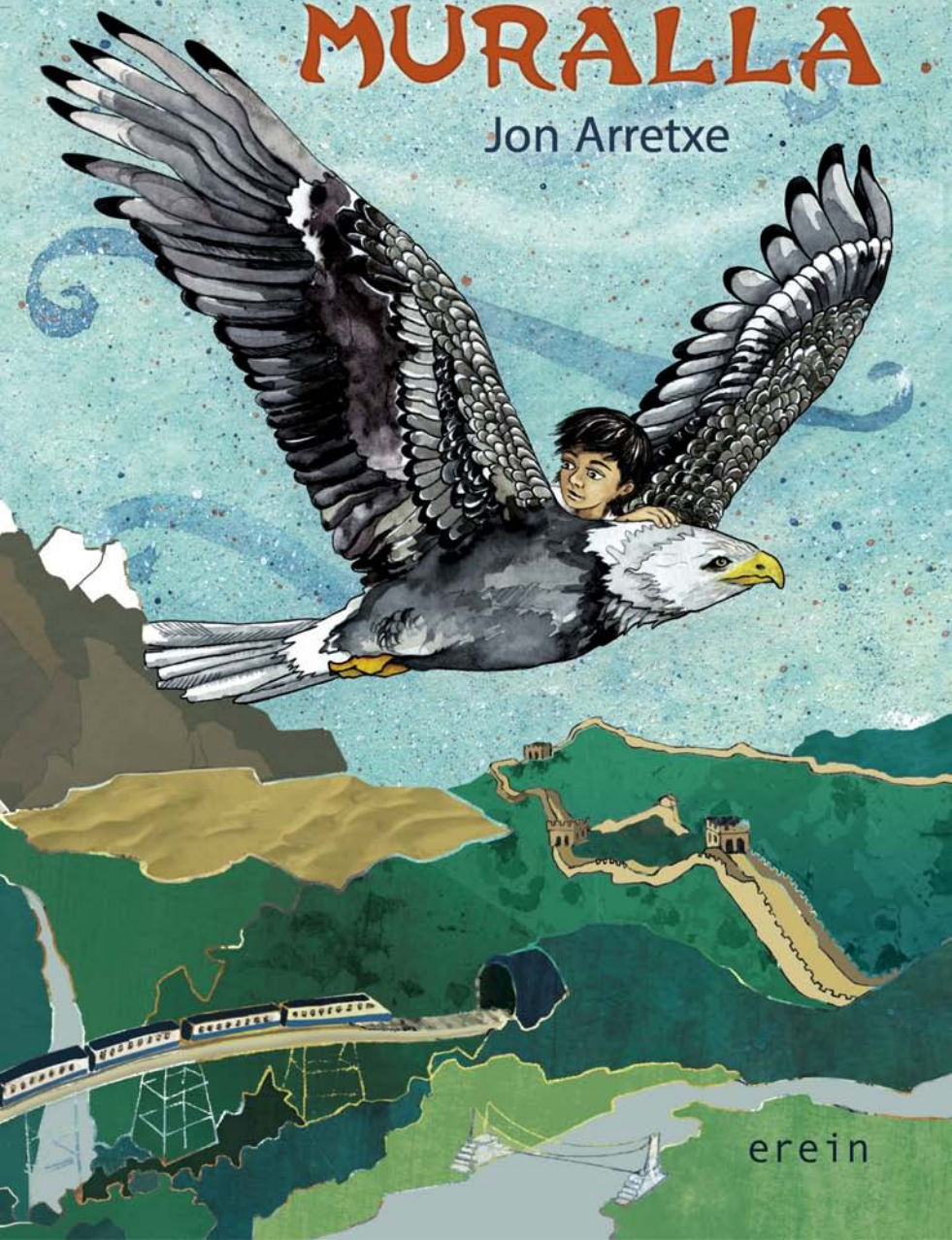


HACIA LA GRAN MURALLA

Jon Arretxe



erein

HACIA LA GRAN MURALLA

Jon Arretxe

Perceval, 6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.ª edición: Marzo de 2015

Maquetación:

Erein

Ilustraciones y diseño de cubierta:

Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2015

ISBN: 978-84-9746-967-8

D.L.: SS-283/2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

HACIA LA GRAN MURALLA

Jon Arretxe

Ilustraciones: Cristina Fernández



DESERTO DE TAKLA MAKAN

PAKISTÁN

CHINA

INDIA

SRI LANKA

OCÉANO ÍNDICO

Kashgar

Hunza

Islamabad

Amritsar

Delhi

Varanasi

Calcuta

Turpán

Badaling

Pekín

Colombo

Río Indo

Río Ganges

KUNJERAB

El sueño

Rama era un chico de 13 años que vivía con sus padres en un pueblecito de Sri Lanka, una isla del océano Índico. Formaban una familia muy necesitada y trabajadora: mientras el padre pasaba todo el día recogiendo leña en el monte, la madre trabajaba en los campos de arroz de un gran terrateniente y el hijo cuidaba las ovejas de uno de los hombres más ricos del pueblo. Entre los tres, a duras penas ganaban el dinero suficiente para mantenerse dignamente. Además, cada fin de mes, estaban obligados a pagar el alquiler de la humilde casa donde vivían, lo cual les creaba muchos quebraderos de cabeza, ya que el dueño era un hombre sin escrúpulos que continuamente les amenazaba con dejarlos en la calle o con denunciar al padre y enviarlo a la cárcel si no pagaban puntualmente.

Siendo tan pobre su familia, Rama se veía forzado a pasar la mayor parte del tiempo en el monte con las ovejas y apenas acudía a la escuela. Por eso, cada vez que lo hacía, quedaba en ridículo delante de sus compañeros, pues nunca respondía bien a las cuestiones que le planteaba el profesor.

—A ver, Rama —le preguntó un día—, ¿cuál es la capital de la India?

—Esto... ¿Pekín? —respondió él.

—¡Pekín! ¡Pekín! ¡Pekín está en China! ¡La capital de la India es Delhi, pedazo de burro! ¡Si vinieras más a clase, lo sabrías! —le reprendió el profesor, enfadado.

China, India, Pekín, Delhi... Para Rama todos aquellos nombres eran parecidos. Le sonaban, pero no tenía ni idea de dónde se hallaban. Lo mismo le sucedía con muchos otros temas y, por eso, los compañeros de clase se burlaban de él llamándole “tonto”, “borrico”, “pastor analfabeto” y cosas por el estilo.

Rama se sentía triste y avergonzado cada vez que salía de la escuela; le daba tanta rabia no saber tantas cosas... Y aún se sentía peor cuando, noche tras noche, veía a sus padres volver del trabajo, agotados y con apenas unas monedas en el bolsillo.

Quería salir de aquella situación, pero ¿qué podía hacer él?, ¿cómo podría convertirse en una persona rica y sabia para ayudar a su familia y comenzar a gozar de la vida?

Rama tenía muchos sueños, a veces dormido y a veces despierto. En ellos se veía a sí mismo en una casa grande, limpia y bonita; sus padres aparecían junto a él, sonrientes y con elegantes vestimentas. Sin embargo, al abrir los ojos, volvía de inmediato a la triste realidad, a la chabola pequeña y húmeda donde vivía.

Hasta que una noche el chico tuvo un sueño muy especial. En aquella ocasión se encontraba ante un anciano de barba blanca y turbante, que le hablaba sosegadamente envuelto en una cortina de humo.

— Rama, eres un chico honrado y trabajador y te mereces mi ayuda. Sé que quieres salir de la pobreza y la ignorancia, y que de mayor te gustaría ser un hombre rico y respetado. Por eso, sigue mi consejo: sube hasta la cima del monte donde cuidas las ovejas. Si buscas un poco, allí encontrarás una puerta de piedra; ábrela y traspasa el umbral sin miedo, pues al otro lado viven unas hadas que podrán ayudarte a hacer realidad tus deseos. No dudes en dirigirte a ellas.

Dicho esto, la imagen del anciano se difuminó.

Al despertarse, Rama no dio excesiva importancia al sueño. No era la primera vez que, obsesionado por sus ansias de mejorar, tenía visiones como aquella; así que a las pocas horas se había olvidado por completo de las palabras del anciano de barba blanca.

Sin embargo, la noche siguiente soñó lo mismo, y la siguiente, otra vez. Nunca había tenido el mismo sueño tres veces seguidas y aquello le inquietó. Además, en la tercera ocasión, el anciano se dirigió a él con mayor énfasis:

— Rama, no seas incrédulo y hazme caso. Debes subir a la cima del monte antes de que sea demasiado tarde. Falta poco para la luna llena y, cuando ese momento llegue, las hadas se irán a otro lugar. Entonces ya no podrás realizar jamás tus deseos.

Tras despertarse del tercer sueño, el chico salió de casa miró al cielo y al comprobar que, en efecto, había una luna casi llena, se tomó más en serio aquel mensaje reiterativo.

A la mañana siguiente, como de costumbre, sus padres salieron muy temprano a trabajar. Rama debía cuidar las ovejas, pero aquel día se desentendió del rebaño y se dirigió hacia la cima del monte.

Necesitó varias horas para llegar hasta arriba, y allí encontró la puerta de piedra que había mencionado el anciano. Atravesó el umbral y pasó directamente a una gran cueva, ocupada por un grupo de hadas. Rama se quedó mirándolas, inmóvil junto a la entrada. No sabía muy bien qué debía decir, y no se le ocurrió otra cosa salvo ofrecerles un poco de comida que llevaba en su zurrón. En un primer momento el muchacho sólo vio rostros de sorpresa, pero ellas enseguida se le acercaron y, en pocos minutos, dieron buena cuenta de la comida. Después, agradecidas, las hadas le preguntaron:

—¿En qué podemos ayudarte, chico?

—Pues... no sé. ¡Hay tantas cosas!

—¿Tantas cosas? Dinos una.

—Mmm... Sí, me gustaría tener mucho dinero.

—¿Para qué?

—Para ayudar a mis padres, que se pasan todo el día trabajando, como yo, que estoy casi siempre cuidando las ovejas en el monte.

—Y claro, no puedes ir a la escuela.



—No. Y las pocas veces que voy, como no me entero de nada, mis compañeros se ríen de mí. Me gustaría saber más.

—¿Estarías dispuesto a cualquier cosa para hacer realidad tus deseos?

—Sí.

—¿Incluso a marcharte de casa y emprender un largo viaje?

—Haría lo que fuera.

—Muy bien. Si es así, dirige tus pasos hacia el norte, hacia un país llamado China. Una vez allí, busca la Gran Muralla. Si superas todas las dificultades con las que te encontrarás por el camino, en esa muralla hallarás un tesoro; un gran tesoro que te convertirá en un hombre rico y sabio.

—Pero, ¡yo no sé dónde está China!

—Pues pregunta, te irán orientando en los lugares por los que pases.

—Pero... —insistió Rama—, aunque llegara a esa muralla, ¿cómo sabría el sitio exacto donde está el tesoro?

—Esta noche tendrás un sueño, y en él aparecerá ante tus ojos ese lugar. Recuérdalo bien para el día en que llegues allí, si es que lo consigues. Ahora has de marcharte —le apremiaron las hadas—, pues dentro de pocas horas anochecerá. Hoy tenemos luna llena y debemos hacer los preparativos para trasladarnos a otra morada.

Rama obedeció y salió de la cueva un tanto confuso; pero, al mismo tiempo, contento y esperanzado. Bajó corriendo para llegar a casa antes de que oscureciera por completo.

Aquella misma noche, tal y como le dijeron las hadas, tuvo un extraño sueño: estaba en una campa cuidando las ovejas, como todos los días. Entonces, vio un gran águila que se acercaba volando hacia él. Al principio Rama sintió miedo, pero enseguida se dio cuenta de que el animal no quería causarle ningún daño. Al contrario, descendió ante él y, bajando la cabeza, se encorvó para que pudiera subirse a su lomo. Rama se sentó sobre ella y se agarró con fuerza a las plumas del cuello, justo antes de que levantara de nuevo el vuelo.

En poco tiempo, hicieron un viaje maravilloso: primero cruzaron el mar, después planearon sobre varias ciudades, todas ellas muy grandes, y sobre dos anchos ríos; más tarde vieron unas montañas blancas y muy altas, después un desierto y, finalmente, a lo lejos, divisaron una línea interminable surcando un monte detrás de otro, serpenteando como si fuera una culebra gigantesca. El águila comenzó a descender y pudieron ver aquella línea más de cerca. “Eso debe de ser la Gran Muralla”, pensó Rama. Algunas partes de quello que se asemejaba a un muro parecían estar en buenas condiciones, mientras que otros se hallaban semiderruidos. Sobrevolaban uno de los tramos en peor estado cuando el águila comenzó un descenso en picado. Parecía que iban a chocar irremediabilmente contra el suelo y Rama se asustó. Horrorizado, se agarró con todas sus fuerzas al cuello del ave, cerró los ojos y entonces...

Entonces se despertó sobresaltado. Estaba en su cama, empapado en sudor. Sus padres aún dormían y estaba amaneciendo.

Después de tranquilizarse un poco, comprendió el mensaje de aquel sueño. Le dio rabia haberse asustado y haber cerrado tan rápidamente los ojos, sobre todo porque no había podido distinguir el punto exacto donde debía de estar escondido el tesoro: un lugar de transición entre la muralla intacta y la derrumbada, una zona montañosa, un gran árbol... No recordaba más detalles. De cualquier manera, primero tendría que llegar hasta allí, y eso parecía lo más difícil, ya que tendría que cruzar mares, ciudades, ríos, montañas y desiertos, y lo peor de todo era que no sabía por dónde empezar.

En primer lugar, tenía que convencer a sus padres para que le dejaran marchar. Sin perder tiempo, aquella misma noche, después de cenar, Rama se decidió a contar su secreto:

—Tengo que deciros una cosa: puede que no os lo creáis, pero sé cómo podemos hacernos ricos.

—¿Qué estás diciendo, hijo mío? —preguntó sorprendida la madre.

Entonces Rama contó a sus padres todo lo sucedido: los sueños, la visita a las hadas de la montaña...

—Pero hijo, ¿te has vuelto loco? ¿Qué cuentos son éstos? —replicó su padre, sin dar crédito a lo que oía.

—No me he vuelto loco. Todo lo que os he dicho es cierto. Algún día nos echarán de casa por no

pagar el alquiler y a ti te meterán en la cárcel. Imagínate qué sería de nosotros. Ahora, a lo mejor, podemos cambiar de vida. ¡Dejadme intentarlo, por favor!

–¡Pero si aún eres muy joven! –le dijo la madre.

–Tengo 13 años, y ya puedo cuidarme solo. Además, si me voy, habrá uno menos para comer en casa. Y si encuentro el tesoro, los tres viviremos felices para siempre. ¡Dejadme intentarlo, por favor! –insistió Rama.

Sus padres guardaron silencio, mirándose el uno al otro sin saber qué decir. Finalmente, fue el padre quién habló:

–Está bien; si eso es lo que quieres...

–¡Gracias, papá! –exclamó el chico, rebosante de alegría–. De todas formas, tengo un problema.

–¿Cuál?

–No sé por dónde empezar. No sé qué mar tengo que cruzar para ir hacia el norte.

–Nosotros poco podemos aclararte, hijo mío. No hemos ido nunca a la escuela y no conocemos nada aparte de esta isla donde vivimos. Es mejor que vayas a pedir consejo a Ashwini. Vive en la capital, en Colombo. Es un anciano honrado y sabio, el más sabio de esta isla, y seguro que estará dispuesto a ayudarte.

Ya era tarde, y los tres se fueron a dormir. Rama se acostó muy contento, impaciente por que amaneciera cuanto antes.

Y al despuntar el día, sus padres le dieron una bolsa repleta de comida y, apenados, se despidieron de él.

—Cuídate, hijo, y no olvides que dejas aquí a las personas que más te quieren en el mundo, suspirando por volver a verte —le dijo su madre con tristeza.

Tras el adiós, el chico comenzó a caminar hacia Colombo, la ciudad más grande de la isla. Estaba situada en la costa oeste, lejos del poblado donde vivía, y necesitó dos días para llegar.

Una vez allí, siguiendo el consejo de su padre, preguntó por el sabio Ashwini y le enviaron a una de las casas más bonitas de la ciudad.

Llamó a la puerta, abrieron y le condujeron hasta la estancia donde se encontraba el anciano. Al verse frente a él se quedó de piedra; aquel hombre que le miraba sentado sobre una alfombra era el mismo que se le había aparecido en sueños, el anciano de barba blanca y turbante.

El chico se quedó mudo de asombro y el hombre, sonriendo dulcemente, le habló así:

—Entra, Rama, entra y siéntate. Te estaba esperando. Ya veo que has actuado correctamente, y creo que no te arrepentirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—Esto... —comenzó a decir el chico, nervioso—. Creo que usted ya sabe quién soy.

—Sí, ya lo sé. Puedes continuar.

—Pues... las hadas de la cueva me dijeron que tengo que llegar hasta un sitio que se llama la Gran Muralla. En mis sueños vi que al inicio de mi viaje he de cruzar un mar; pero no sé qué mar es.

—Es el que está situado frente a nosotros. Debes coger un barco y dirigirte a la India, a una ciudad llamada Calcuta.

—¿Y después hacia dónde he de ir?

—Pregunta allí.

—¿A quién?

—A quien encuentres en tu camino. De todas formas, debes tener claro a quién dirigirte. Es la gente mayor la que más te podrá ayudar, ya que los ancianos son los más sabios en cualquier lugar. Pero no lo olvides: si quieres obtener una respuesta por su parte, actúa siempre con paciencia.

Rama asintió, aunque no tenía las ideas demasiado claras, y a continuación planteó a Ashwini otra cuestión que también le preocupaba.

—Hay otro problema. No tengo dinero. ¿Cómo puedo viajar así?

Entonces, el anciano sacó de detrás de la oreja de Rama, como por arte de magia, una moneda de oro y se la entregó.

—Con esto tienes suficiente para llegar hasta Calcuta. Ahora debes marcharte, hay mucha gente esperando para consultarme sus problemas y escuchar mis consejos. No olvides lo que te he dicho, busca a los ancianos, actúa con paciencia y no te rindas. Te deseo la mejor suerte. Hasta la vista.

Rama salió contento de la casa de Ashwini. Bajó al puerto y buscó el barco que debía llevarle a Calcuta. Con la moneda de oro tenía suficiente para pagar el pasaje y las comidas necesarias. Por

un lado, estaba esperanzado; por otro, sentía cierta angustia, ya que tenía por delante un larguísimo camino y no sabía qué peligros tendría que superar hasta llegar a la ansiada meta.